

LAS ELECCIONES ALEMANAS DE 2002: EL RETORNO DE LO CONFESIONAL

Antonio CASCALES
Universidad de Sevilla

Agradezco sinceramente la colaboración en la infografía y hemeroteca en español el alumno D. Francisco Javier Alcocer Tirado

Resumen: Las elecciones legislativas alemanas de 22 de septiembre de 2002 constituyen un fenómeno interesante en lo político y social, así como un proceso muy revelador desde el punto de vista de la comunicación social.

Claves: Elecciones Alemania / Postmodernidad / Debates TV.

Abstract: The legislative elections in Germany on september 2002 have been a clear example in the socio-political field and very significant as communication process.

Keywords: Germany elections / Postmodernity / TV debates.

1. Introducción. Medio siglo después de su derrota en la segunda guerra mundial y tras once años de laboriosa digestión del proceso reunificador, Alemania se enfrentaba a un episodio electoral marcado por las graves cuestiones comunes a otras naciones de su entorno: inquietud ante una inmigración creciente y no siempre bien asimilada, creciente tasa de paro, un temor difuso ante el terrorismo islámico inducido por los atentados del 11 de septiembre, pérdida de la competitividad en su economía y, finalmente, una disyuntiva entre estado o mercado como rectores de la vida personal, garantes de sus expectativas y suprema autoridad en la articulación de la convivencia.

Estaban en disputa los votos de unos sesenta millones de electores entre los dos grandes partidos que ya habían luchado por el poder durante medio siglo: socialdemócratas (SPD) liderados por el canciller Schröder, y democristianos (CDU/CSU) en la oposición, liderados por Stoiber.

En esta ocasión, ante un panorama de obstáculos y desafíos que parecía exceder las posibilidades de los programas convencionales de gobierno, desbordando la racionalidad de los instrumentos y las propuestas, ambos partidos se presentaron en la escena electoral apoyándose en dos formaciones políticas que tenían algo en común: la facultad de devolver la línea de la esperanza colectiva a un horizonte remoto, de trascenderla, desertando un poco de la ingrata realidad cotidiana para habitar en el proyecto, en el deseo, en la utopía.

Una de estas formaciones, la Unión Social Cristiana bávara (CSU), incorpora con la figura de su líder, Stoiber, la encarnación de un mundo de valores, los del catolicismo tradicional, con los que apoya y tonifica el proyecto democristiano.

La otra formación (Bündnis '90-Die Grünen) Los Verdes, mejora por su parte el tono y el color del aparato socialdemócrata y su líder, Joschka Fischer, el político mejor valorado en las encuestas, acabará cosechando el 9% de los votos que llevarán la coalición a la victoria.

Si dejamos a un lado la candidatura del PDS ex-comunista, cuyo líder, Gysi, dimite el primero de agosto, convicto de irregularidades menores y la de los liberales del FDP, cuyo "proyecto 18" sirve a un tiempo de tema y slogan, revelando la escasez programática y el exceso oportunista de un partido con vocación de "bisagra", el gran duelo se plantea entre un centro izquierda (SPD) en coalición con Los Verdes y un centro derecha (CDU) que cede su liderazgo al presidente bávaro de la Unión Social Cristiana (CSU).

2. Postmodernidad. El escenario, más cultural que político, parece ser el de la postmodernidad, con un decorado de fracasos bien descritos en su día por David Lyon (1994).

Un agotamiento del mundo que nos legó la Ilustración, desde la solidez del dato científico hasta la certidumbre de que el hombre dotado de razón puede rescatar el futuro de la ignorancia, la escasez, el dolor o la guerra. La creciente sospecha de que la certidumbre tejida de ecuaciones y la historia como relato con finalidad son puros anhelos, y que pronto o tarde acabamos topándonos con la "jaula de hierro" anunciada por Max Weber, "en la que el hombre, como los campesinos del antiguo Egipto, acaban siendo sumisos e impotentes".

De ahí que no pueda sorprendernos demasiado la poderosa nostalgia por la pequeña aldea bávara, en la que Stoiber, con atuendo típico, tirolés y plumita, asiste a las

calurosas celebraciones del catolicismo tradicional –un bautizo, una confirmación– en imágenes puntualmente difundidas por los canales públicos de Baviera y privados del resto de Alemania. Alegorías, ilustraciones de aquella “solidaridad mecánica” descrita hace un siglo por Durkheim (1992), más poderosa y eficaz, al parecer, que la “solidaridad orgánica” engendrada en la cultura industrial, la de los sindicatos, las huelgas con sus cajas de resistencia, la salud y su protección como un derecho universal y las pensiones de jubilación.

Hay en el diseño del candidato Stoiber un deliberado énfasis en el retorno a la autoridad de la tradición frente a la de la razón. Un duro acento bávaro, una sola mujer –Schröder va por la cuarta, con tres divorcios– una familia estable, sin fisuras no sorpresas. Costumbres sencillas, casi aldeanas –campeón de fútbolín, también en los concursos de eructos– y una aséptica distancia con el mundo de las ideas, con la aventura crítica. Su fuerte no son tanto las ideas como las creencias. “Un católico bávaro ungido en lo que parece el espíritu redivivo de la Contrarreforma” escribe H. Tertsch¹ y añade en su crónica cómo hizo historia en el parlamento de Munich con sus enérgicas campañas en contra de la cultura nudista y a favor del retorno del crucifijo a las escuelas.

Nostalgia de la aldea y censura de la cultura urbana, de la metrópoli como matriz de un tipo de organización social, el tercero de los elementos caracterizadores de la postmodernidad, según Lyon, y en el que, de algún modo, Stoiber confluye con su rival Joschka Fischer, que inicia cada jornada electoral con una escenificada denuncia de la cultura del asfalto, corriendo por las calles de cada ciudad que visita, arropado por sus fieles, en calzonas, chándal y zapatillas, atuendo no menos típico ni ritual que el sombrero verde y la pluma blanca de su contrincante.

El cuarto elemento asignado por Lyon a la postmodernidad tiene que ver con los métodos para mantener el orden –otro de los grandes temas de la campaña– y el dudoso resultado que, siempre según Lyon, obtiene la vía racional de la eliminación de la delincuencia mediante la persuasión, la formación en valores y la interiorización de la disciplina frente al castigo público y brutal, al “escarmiento” propio de la sociedad tradicional y secretamente añorado por un segmento, al parecer creciente, de los electores.

Por último, el quinto elemento caracterizador de la modernidad en crisis es la secularización. “*La Revolución francesa destronó a Dios de manera irreversible proclamando el advenimiento del Estado secular.*” (Lyon; 1994:55)

1. H. Tertsch, en *El País*, 04/08/2002, p.3.

De ahí la importancia que adquieren los ingredientes de religiosidad apreciables en las formaciones políticas que estamos examinando.

3. CSU. La Unión Social Cristiana de Baviera explica en su página web (csu.de) que su primer dirigente de relieve, aún con la ruinas humeantes de la postguerra, fue Fritz Schäffer, recomendado por el cardenal Faulhabers de Munich a las autoridades militares norteamericanas de ocupación. Desde entonces, la línea no ha variado sustancialmente, y el partido exhibe con orgullo su confesionalidad, al tiempo que los logros, notables, de prosperidad económica y estabilidad social, al ser mostrados por la televisión bávara funcionan al modo de un “*exemplum*” como diría Álvarez Santaló (1996).

En un laborioso estudio, reposado y sagaz, sobre la fiesta religiosa barroca y la “ciudad mental” que propicia, dicho autor nos descubre que

La ciudad mental no es...sino un artefacto emocionante, y, en realidad, un verdadero discurso retórico y una miniatura intelectual de la resolución del laberinto vital.

... Los espectáculos y las fiestas, las redes de la abundancia y el miedo a su disolución, la producción reglada y supuestamente óptima del saber, el trabajo y los códigos de simbolización de cualquier status, rol y eficacia visible. Todo ello es, precisamente, lo que determina el diseño mental de la ciudad pensada. Debe ser ésta, pues, no solo un espacio sino, sobre todo, un “*exemplum*”. (Álvarez Santaló, 1996:19).

Más allá del debate argumentado sobre opciones concretas y su coste económico o político –que se plantea y duramente entre SPD y CDU, grandes partidos consolidados– lo que hay en el proyecto de Stoiber es más bien una manifestación acrítica, que se supone predilecta de la divinidad y que incita a la adhesión fervorosa. Elorza (1995) lo ha descrito muy bien en su análisis de lo que él llama la religión política:

Si bien la religión constituye el terreno privilegiado para el desarrollo del integrismo, éste puede surgir asimismo como resultado de transferencias de sacralidad, casi siempre en la forma de una ideología del territorio que constituye el núcleo de la deriva integrista de los nacionalismos. De este modo, el integrista puede prescindir de la complejidad y de los problemas de las distintas sociedades y ofrecer una respuesta unitaria basada únicamente en la exaltación del territorio, como paisaje o como símbolo que llama a movilizarse por simple invocación (Elorza, 1995:23)

El análisis de Elorza sobre el nacionalismo sabiniano del PNV tiene más de un punto en común con la encarnadura política que el candidato Stoiber presenta ante los electores.

El fuerte acento bávaro, la ferviente combatividad, la atención a los símbolos y el ejemplo jesuítico, son ingredientes de la figura del candidato y de la garra de su mensaje del que no se oculta el hecho de que, al tratarse de un candidato católico propuesto como ejemplo para toda la nación alemana asume algo del perfil de un misionero en tierras luteranas. “La limpieza de sangre como soporte universal, los fueros como *garantía política*, el “*euskera*” como seña de identidad, el modo de vida rural propio moralmente superior a la falsa existencia que afecta a los extraños” (1995:32) están muy vivos en Stoiber, haciendo las trasposiciones de términos adecuadas. En cuanto al tema, siempre delicado para los alemanes, del racismo, que acabará teniendo su espacio polémico y su epílogo trágico en estas elecciones –con el suicidio de Jürgen Möllemann, vicepresidente del FDP y contumaz divulgador de historias antisemitas–, el propio Elorza, tras describir como en el nacionalismo vasco se produce una fusión de racismo viejo (limpieza de sangre, sin mezcla de moro ni judío) con el de nuevo cuño (rechazo de los inmigrantes) añade: “Es una reacción compartida por sectores autóctonos en áreas de industrialización acelerada en toda Europa” (1995:38).

4. Los Verdes. Nos encontramos pues ante la opción política de la CDU/CSU, teñida de confesionalidad y urgida de un cierto ardor misionero, que se equilibra en la izquierda con la presencia de Los Verdes, de cuya vertiente religiosa existe una abundante bibliografía en la que merece destacarse, por reciente, elaborada y certera, la de Leonardo Boff (1996), que nos pinta el mundo con la fuerza, la ingenua fe y la coherencia de un fresco medieval.

La dimensión profética, que hermana el grito del hombre oprimido al clamor de la Tierra *que se halla herida y enferma* (1996:12); la radical limitación de todo remedio humano – sea fruto de la tecnología o de la política–; la interiorización del objeto, ya que *la naturaleza está dentro de nosotros*, hasta madurar en una *ecología mental*, un verdadero programa de conversión espiritual; el doble mecanismo, de larga tradición monacal, que articula la abnegación –*desarrollar un sentido del límite de los deseos humanos*– con la afirmación en otro plano existencial, el utópico, *donde brote el sentido liberador de la preocupación ecológica*; el binomio placer/culpabilidad expresado en otras claves; el obligado peregrinaje iniciático desde la esclavitud babilónica hasta alcanzar la tierra prometida –*¿qué está sucediendo? Pues que estamos regresando a nuestra patria de nacimiento*– todo en Boff remite a un relato que nos resulta familiar y que concluye, como no podría ser menos, en una nueva sacralidad y una nueva definición de lo divino que brota bajo la forma de una nueva diosa madre: Gaia. (Boff, 1996:17-35)

Ciertamente, ni la campaña electoral de Los Verdes ni los mítines de Joschka Fischer se dedican a predecir este tipo de contenido doctrinal. Pero el público que congrega y el raro fervor que encienden sus palabras tiene mucho en común con otras corrientes de fondo y otros movimientos milenaristas registrados en las crónicas de Occidente.

5. La campaña. Cuando arranca oficialmente la campaña electoral, a primeros de Agosto, los sondeos coinciden en mostrar una ventaja de siete puntos para los cristiano demócratas (CDU/CSU=41%; SPD=34%), mientras que ni el PDS ni Los Verdes alcanzan el 6%; aún queda un 30% de indecisos; la mayor preocupación de los alemanes es una tasa del desempleo del 9.6%, con cuatro millones de parados; también inquieta una población inmigrante superior a los 9 millones de personas, de tal modo que un 58% de la población cree que los inmigrantes aumentan la inseguridad.

Con esta diferencia en contra del canciller, parece que la campaña será poco más que una ceremonia de legitimación y ritualización de la victoria de Stoiber, largamente anunciada, –un *exemplum*,– y los carteles electorales de los democristianos centran su argumento en la impresionante cifra de parados, que parece llevar a la conclusión inexorable de castigo del electorado y cambio de gobierno: *CDU: cuatro millones de cancilleres*.

6. La Riada. El 11 de agosto comenzó a llover con fuerza. (*Der Spiegel*, 17/8/2002) Al día siguiente, en Passau, se anotaron inquietantes subidas en el nivel del Danubio. Cuando informaron al canciller Schröder de que el agua invadía los sótanos y pasadizos subterráneos, comentó: *Ese es un tema de Los Verdes*. No obstante dio órdenes para poner en marcha operaciones de ayuda, con medios federales, en Baviera. Los cazadores alpinos y el ejército comenzaron a reforzar con sacos los diques, ya bajo la creciente presión de las aguas.

Su rival, Stoiber, acababa de llegar a la isla de Juist, en el norte, para tomarse unas bien ganadas vacaciones de una semana.

El 13 de agosto el casco viejo de Passau estaba bajo las aguas, Dresde inundada, los helicópteros del ejército comenzaban a evacuar a los enfermos de los hospitales. Es el mismo día en que Stoiber se resigna a romper sus vacaciones y se desplaza en helicóptero hasta Passau, donde camina ceñudo entre las aguas furiosas y la nube de fotógrafos, para finalmente decidirse a volver con la familia, a la isla de Juist, donde hace buen tiempo.

Esa noche, ante las cámaras de televisión, el ministro socialdemócrata Schilly habla de catástrofe, de muchas familias sin techo, de emergencia nacional.

Al día siguiente, **14 de agosto**, comienza la mayor evacuación conocida en Alemania desde el final de la segunda guerra mundial. En una sesión urgente del gabinete, el canciller Schröder aprueba un paquete de medidas con doce puntos y una dotación de 385 millones de euros. Su rival, Stoiber, aparece en Grimma, un pueblo sajón especialmente castigado, con botas de goma y chaqueta verde. Luego, ya en Berlín, en una conferencia de prensa, habla de catástrofe nacional y concluye con una llamada a la solidaridad y a la generosidad en los donativos. Aunque su slogan de campaña es “Tiempo de Actuar”, en su equipo de gobierno no se ha previsto a nadie especializado en temas de medio ambiente. Al día siguiente, la mayoría de la prensa registra esa carencia.

En Berlín, el **16 de agosto**, el gobierno socialdemócrata presenta su plan contra el paro, elaborado por Hartz, un directivo de la empresa Volkswagen, que lo ha resumido en forma de promesa algo dramática: “Si se pone en marcha el plan, el número de parados alemanes caerá en dos millones de personas en los próximos tres años, a partir de las once de la mañana de hoy”.

Pero hay algo especialmente extraño en la puesta en escena, algo que se detecta, sobre todo, en la televisión. El lugar elegido para presentar el plan, la última baza electoral del gobierno, no es la sala de prensa del ministerio. Es una catedral, la catedral francesa de la *Gendarmenmarkt*, levantada por los hugonotes que huyeron de Francia, recibieron el amparo de Prusia y coadyuvaron decisivamente con su laboriosidad devota—tan bien analizada por Max Weber— al florecimiento de la economía y la cultura en Berlín y en toda la región prusiana.

“Neben der Orgel steht ein Videobeamer. Er wirft Schautafeln nach vorn, wo der Altar steht. Peter Hartz steht hinter einem Pult, an der normalerweise Prediger sprechen.” (Junto al Órgano está el cañón del vídeo. Los gráficos están delante del altar. Peter Hartz se sienta detrás del púlpito, donde habla normalmente el predicador.)²

En el sótano hay un museo dedicado a la cultura de los hugonotes, su persecución, su éxodo y su enorme aportación a la vida de la ciudad.

Un espectáculo insólito, la presentación del plan de choque contra el paro en la *Gendarmenmarkt*, que se carga de sentido ante la ofensiva católica y bávara de Stoiber,

2. “Ich oder der”, *Der Spiegel*, n° 28, 2002.

en la víspera de la triunfal llegada del Papa a Cracovia, donde el presidente polaco le agradecerá públicamente su contribución a la transición política en aquél país.

Pero ni las multitudes fervorosas, ni el culto hugonote por el trabajo parecen ser ya noticia. La Riada –Die Flut– desborda los planes de la campaña electoral, los márgenes del telediario y los presupuestos generales del estado.

En las pantallas de televisión, mientras la riada del Danubio pasa por tierras bávaras, desde Regensburg a Passau, en tres días, en clave de “dura prueba felizmente superada”, para seguir devastadora hacia el este, la onda de la crecida del Elba es por el contrario una lentísima ceremonia de devastación, tragedias personales y luto, que tarda una semana larga en alcanzar, por Hamburgo, el mar del Norte.

Quédese para otro trabajo el análisis minucioso de estos dos relatos audiovisuales que se alimentaron de una catástrofe natural común, pero acabaron hilvanando discursos divergentes y moralejas enfrentadas..

El **19 de agosto** por la noche, el canciller Schröder anuncia que se va a retrasar la segunda etapa de la reforma fiscal durante un año para así financiar la catástrofe de la inundación. Edmund Stoiber replica que eso es un escándalo, una subida encubierta de impuestos. Pero, alimentada con las terribles, incesantes imágenes de la televisión, la solidaridad es ya un tema de fondo, poderoso e incontenible. Poco después Stoiber rectifica y presenta su propio plan para financiar los daños catastróficos. El día siguiente, **20 de agosto**, la segunda cadena alemana de televisión (ZDF) ofrece los últimos datos del barómetro político:

El SPD gana tres puntos y llega al 40%. La CDU/CSU pierde cuatro y se queda en un 39%, cuando aún falta un mes de campaña.

En siete días, un siete por ciento del electorado que tenía su voto ya decidido ha cambiado de opinión y ha comenzado a reorientar un resultado electoral que parecía seguro.

7. Signo, código y mensaje. La masa de agua que se desploma bruscamente sobre un área muy concreta, generando desbordamientos y devastaciones sin aviso, remedio ni límites, es un fenómeno climatológico nuevo, cada vez más frecuente en la década de los noventa, que confluye con otros temores colectivos, reales o inventados, en la coral milenarista, aunque sea la consecuencia previsible y largamente anunciada de un uso poco razonable de los recursos naturales.

La Riada, para el que la vive, es un Diluvio, y en ese sentido de catástrofe que baja de lo alto se convierte no ya en un signo, sino en el primer signo de nuestra cultura escrita y nuestra tradición oral. Aparece con este nombre en el Génesis, 6 (5-13) y se vuelve explícito algunas líneas más abajo, cuando Dios dice a Noe: *El fin de toda carne ha llegado a mi presencia, pues está llena la tierra de violencia a causa de los hombres, y voy a exterminarlos de la tierra.* (Génesis, 9; 13) El Diluvio es el signo del arrepentimiento de Dios por el fracaso del hombre como criatura. La memoria de esa cólera queda en los textos y, en el Nuevo Testamento, Jesús la utiliza comparativamente para anunciar el día del juicio final: *así será la venida del Hijo del Hombre* (Mateo, 24; 37-39) (Lucas, 17; 26)

Se trata por lo tanto de un signo cargado como pocos de sentido para una lectura religiosa, tanto en clave luterana como católica. Aunque, desde la reflexión ecológica, los cielos que rompen aguas y generan la catástrofe pueden ser aún más claramente descifrados: “Debe haber algún equívoco profundo, algún error grave en las culturas, en las religiones, en las tradiciones espirituales y en los procesos pedagógicos de socialización de la humanidad que no han conseguido evitar el estado dramático actual(...) en este proceso de enemistad entre el ser humano y la Tierra hay culpa y pecado” (Boff, 1996: 86).

Pero esta catástrofe, que azota a una parte importante de la nación más rica y desarrollada de Europa, de la tercera potencia económica del mundo, descubriendo la piel de la fragilidad y el desamparo, de lo vulnerable que resulta todo hombre encarado a un sino adverso, ocurre en el calendario civil, en plena campaña electoral, cinco semanas antes de que se abran las urnas y formulen su mandato.

Es una irrupción que, si de una parte deja en evidencia lo que hay de teatro y despilfarro en los rituales de toda campaña electoral (hay quien propuso aplazar los comicios) de otra parte revela una gravedad, un peso insospechado en el acto de votar, devaluado desde la ortodoxia marxista como parte de las “libertades formales burguesas” y desde la mística neoliberal como un rito fastidioso y un coste casi superfluo, ya que el mercado se basta y sobra para revelar lo que quiere el cliente, que siempre tiene razón.

Es ahora cuando el ciudadano—el hombre elemental, acuciado por la supervivencia, obligado, casi, al ejercicio de la ciudadanía— comienza a sospechar que decidirse por esta lista o la otra es más que un gesto personal que engendra una pizca de poder político. Es también una lectura del discurrir, una construcción del discurso, del acontecer. Las nubes que no dan tregua y la subida amenazante del nivel de las aguas obligan a una opción radical, largamente encubierta o camuflada entre las prioridades

del logro de un trabajo, la instalación en una buena posición social o la iniciación en las sofisticadas claves del consumo de lujo.

Al llegar ante la urna, o bien acepta lo que podríamos llamar una lectura agustiniana de la Historia, en la que todo queda al cuidado de la providencia divina que vigila el discurrir histórico y lo orienta a un buen final, en cuyo caso hay que examinar con preferencia la culpa, la transgresión que estamos pagando con la Riada, ya sea el comunismo de los alemanes del Este o el consumismo de los alemanes del Oeste.

O bien, al dar su voto a la izquierda, inscribe la catástrofe en el modelo de la Ilustración, en el que la providencia queda sustituida por el progreso, y en el que toda catástrofe tiene causas naturales y remedios racionales. Aunque este modelo, que es el de la llamada modernidad, impregna el diseño de la sociedad democrática y secularizada europea, compartido por la gran mayoría de los ciudadanos alemanes y ciertamente por sus dos grandes partidos hegemónicos, la opción sigue viva y acuciante, porque de lo que se trata no es tanto de un vivir y pagar la culpa, como un entender en uno u otro sentido el relato de la historia, y pasar, del tiempo como amenaza al tiempo como proyecto. (Attali, J; 1982)

Para entenderlo así hay de devolver su fuerza imperativa a esta Riada catastrófica que, multiplicada por las imágenes de la televisión –y por el espesor creciente de los contactos en la red de Internet–, se vuelve omnipresente, inescapable y perentoria.

Se trata de una amenaza grave que resiste a los exorcismos de los técnicos de post-producción y de montaje. No puede ser fácilmente borrada del relato, ni minimizada como los abucheos de los sindicalistas defraudados por Schröder o las coléricas pancartas de los chicos de *Greenpeace*. Es algo que permanece en lo alto, entre el oscuro ceño de las nubes, y que descarga, fulminante, en cualquier punto de la geografía, sin distinguir ideologías ni credos. Tampoco entre opulentos o marginados. Las barreras de la seguridad electrónica, la opacidad fiscal o la velocidad para escapar en el avión privado tienen poco que hacer frente a una amenaza latente en las alturas. En ese sentido, la “gota fría” hermana y solidariza, sacando a flote los restos de una memoria colectiva fragmentada en miles de relatos familiares de argumento único. Aquel tío-abuelo que, hace medio siglo, se quedó sin familia ni techo en una sola noche y tuvo que ponerse a caminar, muchos kilómetros, con todo lo que restaba de su casa cargado a la espalda.

En ese sentido, la Riada supone un retorno al “grand récit”, a la metanarración cuyo ocaso había sido decretado por J.F. Lyotard (1979), quizá prematuramente.

Ya que, en la experiencia personal de esos siete días, la Riada es no solamente un gran espectáculo audiovisual, un documento inagotable, sino y al mismo tiempo, una vivencia, un sótano que se inunda, un dique que cruje, una amenaza que se condensa en datos meteorológicos, el retorno a un tipo de relato no fragmentable, totalizador. Frente a la obligada instantaneidad del hecho televisivo, frente al culto al montaje rápido que mantiene en trance hipnótico a la audiencia, la Riada permanece, días, semanas, camina por el mapa aunque conserva en los cielos una amenaza aleatoria, llama a la puerta, puebla los insomnios, toca en el hombro con un aviso nunca demasiado lejano.

Se convierte, además, a pesar de la programación de cada canal y de la minuciosa agenda de los gabinetes de prensa, en el gran relato que ensambla y articula los otros relatos, en el hilo que enhebra el discurso político y social.

Frente a las aguas desbordadas, los dos candidatos, Stoiber y Schröder, revelan su condición de mediadores, están ahí, *entre la idea y la promesa*. (Huici, 1996: 88) y ahí se retratan, bajo la doble nube del agua y los fotógrafos, representando *el orden bajo el cual se desea vivir*. (1996:88)

“El individuo al que podemos llamar político se arroga la función que en realidad cumple el mito y el poder...una representación del orden bajo el cual se desea vivir” (Huici, 1996:88).

El orden impregnado de tradición, según el cual el diluvio, por su origen divino, es inexorable, y llama al arrepentimiento y al cambio de vida, es decir de voto. Un orden en cuya estampa bucólica y aldeana apenas queda espacio ni función para lo que se entiende por política medioambiental.

O el orden que, desde el poder ejecutivo, afronta la catástrofe como la consecuencia, no sólo natural sino cuasi necesaria, de una larga expoliación de la naturaleza, y ha previsto en su programa de gobierno un paquete de medidas –más o menos acertadas, suficientes o no– de política medioambiental.

Pero volviendo al tema de la postmodernidad, hay que recordar que cuando Lyon (1994:21) describe su proceso, además de señalar la caducidad de los fundamentos científicos, el cuestionamiento de los valores ilustrados y la quiebra de las jerarquías en el conocimiento, gusto y opinión, repara en dos factores de especial relevancia en nuestro caso:

- a) El interés por lo local más que por lo universal.

- b) La sustitución del libro impreso por la pantalla del televisor, de la palabra por la imagen, la transición, en suma, desde un logocentrismo a un iconocentrismo.

Del interés de lo local sobre lo universal se alimentan la cadena de periódicos Gannett, la pujante industria cultural en torno a la tribu y su excesos –hinchas, tifosi, hooligans–, gran propulsora de la feroz rivalidad entre ciudades, tan gratuita como inevitable, pasión colectiva que de una parte limita con el *narcisismo de las pequeñas diferencias* freudiano (1997:103) y de otra linda con esa parcela, aún recalificable, situada entre lo territorial y lo simbólico, que tanto seduce a las mafias inmobiliarias.

En última instancia, ese desplazamiento del interés desde lo universal hacia lo local termina por diluir la figura del ciudadano, sujeto de derechos, –los derechos “universales”– para potenciar la del socio, masificado, vociferante y acrítico, con su ración semanal de fichajes millonarios, tarjetas rojas y partidos del siglo.

Pero ocurre con las catástrofes naturales que, recibidas casi inevitablemente bajo la especie del signo, de cosa que está ahí en el lugar de otra –sea la divina cólera o la humana imprevisión– se ajustan difícilmente al rigor espacial que caracteriza a la tribu y al mito (Cassirer, 1976). La misma riada y el mismo chapapote azotan a cántabros y euskaldunes, sin el menor respeto por lo sagrado de sus límites, y la misma violencia de las aguas desbordadas asedia los muros de las iglesias, luteranas o católicas. En ese sentido, la Riada es desmitificadora y remite de lo local a lo universal pues: “...el ser humano no está únicamente *sobre* la Tierra. Es la misma Tierra en su expresión de conciencia, de libertad y de amor.” (Boff, 1996: 28).

Y más adelante, en unos párrafos marcados por la urgencia y la radicalidad: “El tiempo urge... Necesitamos efectivamente una nueva experiencia fundacional, una *nueva espiritualidad* que permita una religación singular y sorprendentemente nueva de todas nuestras dimensiones con las más diversas instancias de la realidad planetaria, cósmica, histórica, psíquica y trascendental.” (Boff, 1996: 99).

En el otro sentido, también. La sustitución de libro impreso por la pantalla de televisión, de la palabra por la imagen, de un logocentrismo por un iconocentrismo se nos presenta, en nuestro caso, menos concluyente y más problemática de lo que leemos en Lyon.

Los límites entre objeto y representación, tan borrosos cuando los rastrea Baudrillard (1986) se vuelven aquí claros y perentorios. La Riada, construida en las pantallas con testimonios e imágenes, cartografía precisa y la más avanzada infografía

como soporte de la post-producción, es además un dato, tan cercano como la presión arterial, una onda que se acerca a tu pueblo, a tu casa y a la que debes oponer un esfuerzo inmediato, muscular, solidario –en una tarea intemporal como es acumular sacos terreros ganándole la carrera a las aguas que suben, como en los tiempos de Carlomagno– si quieres sobrevivir. La potencia de la catástrofe como dato, como envite, como desafío concreto para la persona y el grupo debilita la noción de “simulacro”.

8. Debates televisados. Las elecciones que comentamos tienen otra característica notable: incluyen por primera vez en la historia alemana dos debates televisados entre los líderes de las formaciones políticas hegemónicas: Schröder (SPD) y Stoiber (CDU/CSU).

El sistema de debates, propuesto por el equipo de los democristianos –fiados, quizá en su ventaja inicial en las encuestas– fue aceptado inmediatamente por Schröder, cuya capacidad dialéctica y buena imagen en pantalla eran bien conocidas. El sistema se articuló en dos debates frente a las cámaras, en vivo y en directo. El primero, el 25 de agosto, difundido por las cadenas privadas, RTL y SAT 1, con una duración de 75 minutos, fue moderado por dos periodistas, Peter Kloeppel y Peter Limbourg, quienes preguntaron alternativamente sobre ocho temas previamente acordados, aunque las preguntas eran secretas. Los candidatos tenían un plazo de 90 segundos para contestar y los periodistas parecían estar más atentos al cronómetro que a los argumentos y su ritmo. Fue seguido por unos quince millones de espectadores y dejó la impresión de que Stoiber lo había ganado, con un ataque frontal, duro, decidido, y un tema dominante: la gran catástrofe no es la Riada, sino el paro. Y el paro tiene un responsable directo y concreto: el canciller.

El segundo debate, el 8 de septiembre, estuvo a cargo de la televisión pública –ARD (primera) y ZDF (segunda)– y en esta ocasión las preguntas, dirigidas por dos mujeres, Sabine Christiansen y Maybrit Illner, fueron más ceñidas y más certeras, obligando a los candidatos a marcar diferencias y asumir compromisos de modo que el espectador, aún dueño de su voto, pudiese calibrar las consecuencias de su elección.

Entre uno y otro debate, un tema inicialmente no incluido en la agenda fue ganando en importancia. Desde su discurso en la academia militar de West Point, el presidente Bush había dejado claro su concepto de la guerra preventiva, que se decide según sospechas y no hechos consumados, y que se ejecuta por encima de las leyes y normas de la convivencia reglada internacional, por el país que tiene la fuerza militar para ello y un mandato moral, de origen divino, para respaldar tal intervención. En ese sentido,

los titulares a 5 de septiembre difundían la frase de Bush: “*El proceso empieza hoy*”, pronunciada en una reunión con los líderes del Congreso norteamericano en la que quedaba claro que la autorización del mismo, como la de la ONU, eran requisitos formales, deseables, pero en modo alguno imprescindibles para dar la orden de atacar a Iraq.

Frente a esta situación, el canciller Schröder, en vivo y en directo, dijo secamente que, bajo su responsabilidad, Alemania no participaría en aventuras militares como la de Iraq. Con ello no hacía más que cumplir el mandato de la Constitución alemana que dice en su artículo 87-a que *el gobierno federal organizará las fuerzas armadas para la defensa. (...) Fuera de la defensa, las Fuerzas Armadas no podrán emplearse más que cuando así lo autorice expresamente esta Ley Federal.*

La opción por la paz de Schröder, tan breve y tan clara, va ensanchando su onda más allá del tiempo del debate y de las fronteras de la nación alemana.

Cuando el canciller Schröder dice no a la guerra de Irak, está asumiendo una doble herencia. La tradición pacifista e internacionalista de sus raíces socialdemócratas, en la que aún se honra a Jaurés, asesinado en París por oponerse a la primera guerra mundial, y cuyo entierro tuvo lugar el 1 de agosto de 1914, al tiempo que se decretaba la movilización general. Y la de jefe del gobierno alemán, que manda desde de la cancillería del Reich, en Berlín, el mismo lugar desde el que se decidió una guerra de agresión en septiembre de 1939, por la que los dirigentes alemanes fueron juzgados y condenados ante el tribunal de Nuremberg. Estas dos lecturas, de calado profundo dentro y fuera de Alemania, resuenan largamente, más en la charla familiar y en las conciencias que en los titulares de prensa, y la determinación del canciller genera una sintonía emocional profunda, que cruza por debajo de las capas sociales, las barreras ideológicas y los contenciosos fronterizos. Esta vez, desde Riga a Marsella, se respira con alivio. Una Alemania grande, que no es la del paso de la oca, ha dicho no a la guerra.

Desde el punto de vista de análisis de contenidos, podemos afirmar que nos encontramos con un debate de tipo nuevo, no contemplado por Gauthier (1998) ya que en el análisis lexicográfico el silencio es tan importante como las palabras, en las “estrategias discursivas” el diálogo que lanza el canciller es el del telespectador con sus propios recuerdos y vivencias, y en cuanto al análisis temático, ni la inundación ni la guerra como opción radical estaban previstas en la *agenda-setting*, largamente elaborada por los medios.

Cuando llega el segundo debate, según cuenta Ana Alonso Montes en su crónica de "El Mundo": "Schröder llevó contra las cuerdas a Stoiber cuando le preguntó si bajo su mandato soldados alemanes participaría en un ataque militar contra Iraq."

Frente a lo cual, Stoiber "se escurre"³.

Indeterminación que le resultó fatal. Las cuestiones vitales exigen respuestas íntegras y comprometidas. La guerra y la paz es un dilema mayor. Y en ningún lugar como en Alemania. Ganó Schröder, por muy pocos votos, bloqueando un proceso general que llegó a tener el aspecto de una marea de fondo, escrita en los cielos, inexorable. Habían ganado los conservadores en Dinamarca, tras setenta y dos años de gobierno de la izquierda. Habían ganado en marzo en Portugal, en abril en Francia, donde un socialista clásico como Jospin había sido desbancado por Le Pen. En mayo, el asesinato de Pim Fortuyn conmovió al electorado holandés y abrió paso a los democristianos. Todo se convertía en una especie de coral milenarista y su gran acorde triunfal, apoyado en el "tutti" orquestal de los medios: no hay salvación fuera del mercado.

9. Curso de mediología. Así se titula el texto brillante y provocador de Régis Debray (1991) en el que se apoyan nuestras reflexiones finales. Insiste Debray en que lo que interesan son las "mediaciones" por las que una idea se convierte en una fuerza material. Tales mediaciones son algo más que los medios de comunicación social y sus efectos ampliamente estudiados. Son todos los soportes de transmisión y circulación simbólica, que pueden tener un papel decisivo. La ceremonia en la pequeña aldea bávara, la catedral francesa de los hugonotes, la carrera matinal de Fischer, la presencia/ ausencia de los candidatos en el lugar de la catástrofe, el alemán cosmopolita de Hamburgo que habla el canciller y el fuerte acento bávaro del aspirante: todo transmite.

Pero, metodológicamente, se queremos elaborar algo que sea medianamente sólido y aplicable, algo que escape a la menuda casuística provincial, necesitaremos de la perspectiva histórica: "La perspectiva histórica es la que puede devolver a las mediaciones concretas del pensamiento su solidez interna, y a la función mediadora su generalidad teórica." (Debray, 1991: cap.1)

Partiendo de la base de que la historia humana está trenzada de otras dos historias, la de la relación del hombre con el hombre, (y de ahí brotan el arte, la religión y la política); y la del hombre con las cosas, (que genera la tecnología y las ciencias

3. Ana Alonso Montes, en *El Mundo*, 09/09/2002, p.15.

experimentales), Debray nos presta este utensilio de doble foco para examinar las elecciones alemanas de septiembre de 2002.

La campaña electoral estaba diseñada en el segundo plano, enmarcada por las encuestas de opinión, argumentada por las cifras del paro y la inseguridad urbana, por los índices de fracaso escolar, por una aplastante suma de datos parciales cuyo resultado daba incontestable solidez al “*exemplum*” bávaro y crédito a quien había gestionado dicha comunidad durante la última década y recibido un abrumador apoyo de su electorado: Stoiber.

Pero la incidencia de dos factores alógenos, la Riada catastrófica y la decisión sobre la guerra, planteados bajo una nueva luz, la de un debate televisado en vivo y en directo, habían desplazado el ámbito del conflicto hacia el primer plano, hacia la relación hombre-hombre, hacia la política como el arte de lo posible y el secreto de convencer a mucha gente de que ese posible es lo mejor para todos.

Además, y en la sabrosa terminología medieval de Debray, los contenidos de la mediación obedecen a dos categorías irreductibles: el “*certum*” y el “*verum*”.

Certum es el sistema de verdades que hay que inculcar y cultivar, utilizando para ello el *mensaje*: sucio, caliente, polémico y retórico. Es el meollo de toda catequesis: católica, luterana, ecologista o estalinista.

Verum es el sistema de verdades que, una vez logradas, no se discuten: el valor de la fuerza de la gravedad, la carta de las Naciones Unidas. Su soporte es el *enunciado*: limpio, frío, impersonal y pacífico.

Ambos grandes partidos, democristianos y socialdemócratas, partidos de poder, como se dice, con experiencia en el ejecutivo de la primera potencia europea, inscribieron su modelo en el ámbito del *Verum* y en el lenguaje limpio y aséptico del enunciado. Más o menos mercado, más o menos estado. Desarrollo sostenible, pensiones insostenibles. Tras el fracaso del socialismo real, el descubrimiento del capitalismo brutal.

Pero, ante la dureza del páramo de lo posible que las cifras encubrían, ambos se apoyaron en otras formaciones capaces de teñir sus asépticos enunciados con un mensaje sucio, caliente, polémico. Ambos sentían las limitaciones del *Verum* y propiciaron el retorno del *Certum*, de la verdad que se vive y se confiesa, católica o ecologista. Y ello les obligó a ciertas claudicaciones formales. Pues como Debray advierte, mientras la elaboración y transmisión de un saber son *separables* de los

resultados de ese saber, y una política de pensiones o un plan de choque contra el paro cabe en síntesis en un buen folleto de propaganda electoral, la elaboración y transmisión de los sistemas de creencias *son inseparables, hacen cuerpo con ellas*. De tal modo que la majestad de la catedral francesa de los hugonotes se diluye transferida al soporte digital de la televisión, y la espesa certidumbre que transpira la aldea bávara desaparece en un debate en Berlín, donde el fuerte acento de Stoiber es un indicador sociológico más bien desfavorable.

Lo que se introdujo en la campaña con la evidencia de la catástrofe fue la importancia, la necesidad y la vigencia del estado. Ante el avance de la onda devastadora del Elba que caminaba hacia el norte, todo lo importante, bomberos, helicópteros, protección civil, soldados, eran la cara múltiple y anónima de un estado moderno y aún muy eficaz, cuyo desmantelamiento, largamente planificado por la derecha, no parecía ser la brillante solución de todos los males que predicaban los neoconservadores. También estaba la solidaridad, espontánea, gratuita, incorporando una estampa de juventud que servía para algo, que servía para todo, sin pasar por los test de las empresas de trabajo temporal, lejos del dogma de la dura competencia que sólo remunera al mejor.

Lo que brotó en la campaña con el tema de la guerra, en el segundo y medio de silencio que gravitó sobre el ceño del canciller antes de decir no a la invasión de Iraq, en vivo y en directo, fue el tema del hombre como sujeto que toma decisiones. Frente al determinismo de la lucha por la supervivencia darwiniana transferida a los escalafones de las grandes empresas, frente al determinismo de la lucha de clases, o de la confrontación entre los bloques que hizo de los pueblos satélites y de su albedrío obediencia debida, la pregunta inesperada del destino, como en los textos de la tragedia griega, hizo que un dios abriera la puerta a lo inesperado. El canciller dijo no, la nación dijo no y la historia cambió de rumbo. Ni el voto era superfluo, ni es indiferente a qué persona elegimos para mandar. La política, en escena, bajo los focos, alcanzó su mayor altura: la del hombre a solas con su responsabilidad. De no ser así, como diría Vicente Romano (1993) acabaríamos aceptando la política como un sino irremediable y las guerras como catástrofes naturales.

De otra parte, y volviendo a la perspectiva histórica encarecida por Debray, el mapa electoral dibujado por las urnas, con su masa hegemónica CDU/CSU al sur del Danubio, y su núcleo duro socialdemócrata en el norte, en torno a Brandeburgo y la Baja Sajonia, recordaba mucho, inquietantemente, al mapa escolar de la paz de Westfalia de 1648, donde los niños alemanes aprenden la geografía sedimentada por las matanzas de las llamadas guerra de religión, aquél drama confesional que duró Treinta Años.

Sin querer, la Inundación, Die Flut, había puesto en marcha una *pedagogía del sentido*, es decir aquella que contribuye a la formación del universo de valores. (Vázquez Medel, 1999: 74).

BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS

- ÁLVAREZ SANTALÓ, L.C. (1996): *La fiesta religiosa barroca y la ciudad mental*, en Actas de las I Jornadas de Religiosidad Popular. Diputación de Almería.
- ATTALI, J. (1982): *Histoires du Temps*. París. Fayard.
- BAUDRILLARD, J. (1986): *Olvidar a Foucault*. Valencia, Pretextos.
- BOFF, L. (1996): *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*. Madrid. Trotta.
- CASSIRER, E. (1976): *Filosofía de las formas simbólicas*. México. FCE.
- DEBRAY, R. (1991): *Cours de médiologie générale*. París. Gallimard.
- DURKHEIM, E. (1992): *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid. Akal.
- ELORZA, A. (1995): *La religión política*. Donostia-San Sebastián. Haranburu.
- FREUD, S. (1997): *El malestar en la cultura*. Madrid. Alianza.
- GAUTHIER, G. (1998): *El análisis de contenido en los debates políticos televisados*, en *Comunicación y Política*. Barcelona. Gedisa.
- HUICI MÓDENES, A. (1996): *Estrategias de la persuasión*. Sevilla. Alfar.
- LYON, D. (1994): *Postmodernidad*. Madrid. Alianza.
- LYOTARD, J.F. (1984): *La condición postmoderna*. Madrid. Cátedra.
- ROMANO, V. (1993): *Desarrollo y Progreso. Por una ecología de la Comunicación*. Barcelona. Teide.
- VÁZQUEZ MEDEL, M.A. (1999): *Mujer, ecología y comunicación*. Sevilla. Mergablum.
- Der Spiegel* (15-30 agosto) para toda la descripción de la Riada.